

# Una lectura de *La Australia argentina*, de Roberto Payró<sup>1</sup>

Pilar María Cimadevilla

Doctora en Letras

Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco

<https://orcid.org/0000-0001-6534-6588>

[pilarmariacimadevilla@gmail.com](mailto:pilarmariacimadevilla@gmail.com)

## Resumen

Este artículo analiza dos ejes centrales que atraviesan las crónicas escritas por Roberto Payró, para *La Nación*, bajo el título: *La Australia argentina*. En primer lugar, indaga la figura del escritor periodista como mediador entre los textos de la tradición del viaje al “fin del mundo” y el público lector porteño. Enviado por el mismo periódico, Payró recorre diferentes puntos de la región, mira, escribe, pero también recupera informes, transcribe diálogos, lee, construye un listado de fuentes, y discute con figuras de autoridad como Darwin. En una segunda instancia, el trabajo recupera ciertos momentos en los que irrumpe el paisaje y la mirada contemplativa en el espacio de la crónica. En efecto, a contrapelo del impulso documental que caracteriza a esta producción periodística, en algunas notas, el escritor se fascina con el paisaje y, en el ejercicio de la mirada, surgen derivas que integran referencias plásticas al relato.

**Palabras clave:** arte; crónica; Patagonia; Payró; viaje.

## A reading of *La Australia argentina* by Roberto Payró

### Abstract

This article analyzes two central issues that run through the chronicles written by Roberto Payró for *La Nación* under the title *La Australia Argentina*. In the first place, it asks inquire into the figure of the journalistic writer as a mediator between the texts of the tradition of the journey to “the end of the world” and the Buenos Aires reading public. Sent by the same newspaper, Payró travels through different parts of the region, searches, writes, but also retrieves reports, transcribes dialogues, reads, builds a list of sources and debate with authority figures such as Darwin. In a second instance, the work recovers

---

<sup>1</sup> Procedencia del artículo: el artículo forma parte del proyecto postdoctoral titulado “Viaje y representación del espacio patagónico en escritos de literatura argentina (1890/1930)” financiado por una beca del CONICET.



certain moments in which the landscape and the contemplative gaze burst into the space of the chronicle. In fact, contrary to the documentary impulse that characterizes this periodical production, in some notes, the writer shows himself fascinated by the landscape and derivatives emerge from the exercise of the gaze, that integrating plastic references to the story.

**Keywords:** art; chronicle; journey; Patagonia; Payró.

**Recibido:** 02 de marzo del 2022. **Aprobado:** 13 de mayo del 2022

Artículo de reflexión

<https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i55.12537>

**¿Cómo citar este artículo en MLA? - How to quote this article in MLA?**

Cimadevilla, María Pilar. “Una lectura de La Australia argentina, de Roberto Payró”. 55 (2022): e.2412537 Web. Fecha de acceso (día, mes en mayúscula y abreviado, y año).

Luego de un recorrido de casi diez años por la prensa argentina, Roberto Payró se incorpora en 1892 a *La Nación*, el afamado periódico de la familia Mitre. Si bien, tal como lo indican las fechas, el escritor contaba en ese entonces con apenas veinticinco años, es notable el listado de medios en los que había colaborado desde su primera juventud: El Comercio, La República, La Patria Argentina, La Libertad, Sud-América, La Razón, El intransigente, El Interior, El Eco de Córdoba, La Tribuna (fundado por el mismo Payró en Bahía Blanca), El Argentino, El Pueblo Argentino y La Prensa. Payró ingresa, entonces, como enviado especial para *La Nación*, trabajo que le permitió realizar numerosos recorridos tanto dentro del país, así como también por algunos países limítrofes (Chile, Uruguay) hasta asentarse en Bruselas (1909), desde donde continuó sus colaboraciones con el periódico.

Dentro de esta obra cuantiosa y heterogénea, nos centraremos aquí específicamente en las notas que escribe desde la Patagonia para *La Nación*, en 1898, tituladas *La Australia argentina*. Enviado como corresponsal, el escritor construye largas crónicas que serán publicadas a lo largo de 96 entregas en el periódico (del 15 de mayo al 26 de septiembre) y, poco después, en formato libro. Los motivos por los que Payró es enviado a recorrer el “fin del mundo” son evidentes en relación al contexto histórico; como señala Beatriz

Sarlo: “su viaje tiene un sentido de afirmación territorial de la Patagonia, después de la solución, feliz como dice Mitre, a la cuestión limítrofe con Chile” (19)<sup>2</sup>. A casi cien años de la Revolución de Mayo, y dos décadas más tarde de la llamada “Conquista del desierto” liderada por Julio A. Roca, resultaba imperioso informar y promocionar acerca de cómo eran estas tierras que debían ser re-pobladas en el marco del proyecto nacional:

(...) los relatos sobre la Patagonia cumplían una doble función: no sólo llevaban a Buenos Aires las divertidas aventuras del cronista de *La Nación* sino que remitían a un tema candente. La Patagonia, como botín de programa de conquista y como manifestación concreta de lo que parecía irresoluble. (Torre 155)

Pero, para ello, además de viajar, mirar y anotar, el escritor necesitó establecer un diálogo directo con la tradición de relatos de viaje que lo antecedieron. Así, encontramos a lo largo de la serie abundantes referencias, citas, y también discusiones, con algunos de los referentes más reconocidos de la tradición como Charles Darwin. Como veremos, en su trabajo cronístico, Payró ensambla temporalidades (reconstruye la historia de la región, describe el presente del viaje e hipotetiza sobre el futuro), recupera bibliografía diversa tanto sobre historia de la Patagonia como sobre los itinerarios realizados por extranjeros, critica abiertamente al Estado y propone soluciones a los problemas que agobian a sus pobladores. Payró viaja y, al mismo tiempo, lee, estudia, anota y, por supuesto, ficcionaliza<sup>3</sup>.

En este sentido, dentro de los diferentes aportes realizados por la crítica encontramos análisis como el de Álvaro Fernández Bravo en el que se destaca la “función intersticial” (144) de estas crónicas, en tanto “textos de frontera [...] por los que se filtran imágenes que permiten leer el reverso de la expansión nacional” (158). También se halla el libro *Literatura en tránsito*, en el cual Claudia Torre señala la manera en que *La*

---

<sup>2</sup> En este sentido Álvaro Fernández Bravo señala que *La Australia argentina* “se publica en una atmósfera de guerra (con Chile) y expansión colonial (mundial, pero particularmente británica para esta región del globo) que puede leerse en las referencias a otras experiencias bélicas y coloniales como la guerra hispano-cubano- (norte) americana (como es sabido, de gran repercusión simbólica en el imaginario latinoamericano), la expansión hacia el oeste en los EE. UU o la experiencia colonial australiana” (157).

<sup>3</sup> Si bien no trabajaremos aquí esta cuestión, interesa señalar un momento clave dentro de la serie en la que el escritor se sirve del libro que Fray Mocho escribió sobre la región (sin haberla visitado) como material fidedigno de consulta. Como señala Martín Servelli, Payró cita el texto ficcional publicado el mismo año por Fray Mocho, *En el mar austral. Croquis fueguino*, como si efectivamente el autor hubiese recorrido esos espacios y su palabra fuese una fuente fidedigna de información (134-135). Si bien la mayor parte de los textos y los informes citados por Payró tienen un anclaje en lo real (se trata de textos escritos por personas que recorrieron efectivamente los espacios), es interesante el modo en que los límites entre lo documental y la ficción se cruzan.

*Australia argentina* se integra dentro de la “Narrativa expedicionaria” como “una obra bisagra en la tradición de la cultura del viaje tierra adentro” (157)<sup>4</sup>. Se cuenta con investigaciones como la de Martín Servelli en la que indaga el modo en que el trabajo periodístico realizado por Payró en esta serie de notas permite analizar una nueva figura dentro de la prensa argentina: la del repórter viajero que, enviado por el diario, buscaba “dar a conocer al lector el estado de las catorce provincias y los Territorios Nacionales, sus características intrínsecas, las costumbres de sus pobladores, sus paisajes representativos, las necesidades y potencialidades socio-económicas de cada región” (Servelli 13).

La propuesta de este trabajo consiste en analizar las notas que componen *La Australia argentina* como nexo entre los relatos sobre la Patagonia escritos por viajeros científicos naturalistas y el público lector porteño. Como veremos, enviado por *La Nación*, Payró recorre diferentes puntos de la región, mira, escribe, pero también recupera informes, transcribe diálogos, lee, construye un listado de fuentes, compara de manera obsesiva su recorrido con los realizados por otros viajeros, discute con figuras de autoridad como Darwin y ensambla todo este material para llevar a los lectores de la Buenos Aires en proceso de modernización a una tierra lejana y todavía, en parte, desconocida. Entre los libros de viaje, los informes de campaña, el periodismo y la literatura, Payró configura una mirada propia sobre la Patagonia y acerca no solo la geografía y la historia del “fin del mundo” a las páginas del periódico, sino que además sistematiza un sinfín de lecturas eruditas sobre la tradición del viaje al extremo sur configurando, así, su rol de mediador. Por otro lado, nos interesa indagar ciertos momentos en los que irrumpe el paisaje y la mirada contemplativa en el espacio de la crónica. A contrapelo del impulso documental que marca el ritmo de los textos, en algunas notas, el escritor se fascina con el paisaje y, en el ejercicio de la mirada, surgen derivas que integran referencias plásticas al relato. Analizaremos, entonces, la manera en

---

<sup>4</sup> “El resultado de esas experiencias es —entre otras cosas— un conjunto de obras, escritas entre 1870 y 1900, y vinculadas a un acontecimiento de la Argentina del siglo XIX: la denominada “Conquista del desierto”. Llamaré al conjunto de estas obras: Narrativa Expedicionaria. Textos militares, científicos, políticos y periodísticos, escritos antes, durante o después de la conquista que intentaron dar cuenta de esa experiencia específica. Las obras conforman una narración transversal que, como práctica, atraviesa diversos sujetos, diferentes instituciones y múltiples órdenes discursivos: literario, científico, militar, político. Esa transversalidad constitutiva del corpus también alcanza a los géneros codificados —memorias militares, recuerdos, crónicas, autobiografías, partes, cartas, telegramas, descripciones geográficas, relatos de viaje—. [...] Pero además están escritas en primera persona. He aquí su especificidad: el dispositivo de enunciación está atravesado por la tensión entre el yo y la institución y ésta puede leerse en el plano de la escritura” (Torre 11-12).

que la irrupción del paisaje funciona en el desarrollo de estas notas como momentos en los que la observación periodística se ve expandida por la imagen plástica.

### **La figura de mediador**

En la carta fechada el 15 de septiembre de 1898 que aparece como prólogo de *La Australia argentina*, Bartolomé Mitre le dice a Payró que su libro “llena útilmente un gran vacío”. Esta idea de “gran vacío” tan revisitada por los viajeros que recorrieron la región adquiere un significado doble, al mismo tiempo que señala la falta de relatos sobre la zona, indica la idea que primaba sobre aquel territorio: un hueco, un espacio vacante, el silencio. Después de la “Conquista del desierto”, sigue Mitre, el texto de Payró

[...] como comentario de un mapa geográfico hasta hoy *casi mudo*, importará la toma de posesión, en nombre de la literatura, de un territorio casi ignorado, que forma parte integrante de la soberanía argentina, pero que todavía no se ha incorporado a ella para dilatarla y vivificarla. (*La Australia* 9)

Si bien para ese entonces el listado de textos sobre la Patagonia había crecido notablemente, lo cierto es que, luego de la matanza liderada por Roca, eran escasos aún los relatos donde se mostrara esta nueva forma del desierto como tierra productiva. Si, tal como estudia Torre, en los años previos habían circulado numerosos informes y libros donde primaba el cruce entre el discurso militar, científico, político y la autobiografía sobre la experiencia de la toma de la Patagonia, el libro de Payró narra la puesta en marcha del plan estatal sobre esas tierras. Y si bien *La Australia argentina* puede ser incluida como el último eslabón dentro del corpus de “Narrativa expedicionaria”, la posición de Payró es novedosa: se embarca junto con Francisco Moreno y su equipo rumbo a la Patagonia<sup>5</sup>, pero cuando intenta desviarse del destino asignado por La Nación para acompañar al científico en su misión, éste lo rechaza:

pensé poner en planta un proyecto que mascullaba en mi interior, casi desde el principio del viaje: pedir permiso para agregarme a la comitiva del perito, y acompañarlo en su expedición a través de la Patagonia, para ir con él a Santiago y

---

<sup>5</sup> “La partida del Villarino estaba fijada para el 5 de febrero, a las 10 de la mañana. Debía llevar a bordo al doctor Francisco P. Moreno, perito argentino, y sus ayudantes militares y civiles, hasta Santa Cruz, punto de arranque de la nueva expedición emprendida por el infatigable hombre público” (Payró, *La Australia* 11).

regresar de allí a Buenos Aires [...] Como lo pensé lo hice, pero a la primera insinuación, el doctor Moreno me dio a entender que no tenía para qué exponerme a un fracaso seguro, solicitando claramente un favor que no me concedería. (*La Australia* 75)

Este momento marca simbólicamente el fin de ese modo científico-naturalista de acercarse al territorio. Moreno desembarca y se transforma en bibliografía de consulta:

Esas toninas, que el doctor Vinciguerra, de la expedición Bove, señaló como *Delphino Civilitatis*, es la *tursio obs.*, blanca y negra, que describió el doctor Moreno en su *Viaje a la Patagonia Austral*, y que son más grandes que las comunes. (Payró, *La Australia* 23)<sup>6</sup>

Sin importar los motivos reales por los cuales Moreno rechaza a Payró, interesa destacar aquí el hecho de que la negativa del científico —aquel “infatigable hombre público” (*La Australia* 11) que encarna la tradición y el saber— se convierte en una invitación para que el escritor periodista mire por su cuenta e inaugure, así, una nueva práctica, la del corresponsal viajero o repórter, que creció en el inicio del siglo XX y tuvo continuidad en crónicas como las de Ada María Elflein, Raúl González Tuñón o Roberto Arlt, entre otros. Si bien la impronta científica no desaparece de los relatos de viaje posteriores, sino que por el contrario se convierte en una de las marcas recurrentes, consideramos que la separación entre Moreno y Payró, en el marco de este itinerario, podría pensarse como una metáfora que representa el cambio que sufre la tradición del relato de viaje en el nuevo siglo. Una vez incorporada, al menos en parte, la región patagónica a la nación, emergen nuevos discursos entre los que se distingue y crece —sin dudas— el periodístico ligado al nacimiento de la mirada turística.

En este sentido, en el trabajo escriturario llevado adelante por Payró encontramos no solo la anotación de su experiencia, sino también un trabajo de reconstrucción de la tradición que refuerza su lugar de mediador entre los textos de viaje que circulaban en

---

<sup>6</sup> Otros ejemplos similares: “Baste como ejemplo y prueba la siguiente página arrancada del último libro del Doctor Moreno, en que habla de lo mejor del Chubut (Payró, *La Australia* 43). /“El señor Diego González Victorica se hallaba aún a bordo, después de hacer hecho desembarcar la lancha Tornycroft [...] y el personal subalterno, compuesto de dos mecánicos y un asistente, que lo acompañarían hasta el lago Buenos Aires, donde iba a reunirse con la octava subcomisión de límites llevándole la embarcación para explorar aquel inmenso depósito de agua que Moreno describe así...” (Payró, *La Australia* 29).

otras lenguas o en circuitos científicos/eruditos y los nuevos lectores porteños. Así, al inicio de su relato leemos fragmentos como este:

Pedro Sarmiento de Gamboa, el intrépido navegante español que en 1579 visitó el Estrecho de Magallanes, y que legó su nombre a una de las montañas más altas de Tierra del Fuego —el monte Sarmiento, casi continuamente envuelto en pesadas nubes— decía en la Relación de su viaje, refiriéndose a los temibles mares del sur [...] Desde entonces acá las cosas han variado mucho, los viajes de estudio se han sucedido casi sin interrupción, se han llevado a cabo grandes exploraciones, y los relevamientos de la Beagle y la Romanche y el derrotero de Fitz-Roy, permiten a los navegantes recorrer la costa patagónica, cruzar el Estrecho de Magallanes y avanzar hacia el sur con toda la seguridad posible en mares libres que, desde el Polo, van a tropezar allí con los primeros obstáculos, con la primera valla opuesta a su empuje formidable. (*La Australia* 17)

A diferencia de lo que sucede más adelante en las “aguafuertes patagónicas” de Roberto Arlt (1934), en las que el cronista intenta (aunque no siempre con éxito) escribir desde la experiencia corporal sin tener en cuenta lo ya dicho sobre la región, en las notas de Payró las referencias abundan y por momentos obturan las percepciones del mismo repórter. Y si bien el listado de libros e informes recuperados es inconmensurable, no hay dudas de que la figura central de esta serie de crónicas es Darwin<sup>7</sup>. En este sentido, Fernández Bravo se pregunta: “¿por qué asignar tanta importancia al libro de Darwin, cuando difícilmente podría haber tenido una difusión masiva entre lectores sudamericanos y —menos aún— incidencia concreta en los problemas limítrofes entre los dos países?” (152). Sin dudas porque Darwin había accedido a zonas de nuestro país, en parte desconocidas para los propios gobernantes, en las que había encontrado pruebas para fundar su disruptiva teoría de la evolución y eso<sup>8</sup>, en la Buenos Aires del siglo XIX, lo convirtió en “la piedra del escándalo”, en palabras del mismo Sarmiento<sup>9</sup>. Como señala Leila Gómez:

---

<sup>7</sup> La preponderancia de la figura del naturalista también es mencionada por Servelli: “Darwin el autor más invocado” (99).

<sup>8</sup> “Como es sabido, durante su viaje en el Beagle entre 1832 y 1836 por Sudamérica y el Pacífico, Darwin conjeturó y comenzó a encontrar las evidencias de la teoría que le daría fama y la invectiva. En Argentina comenzaron sus observaciones...” (Gómez 12).

<sup>9</sup> “Tanto en la polémica documentada como en la ficticia, Darwin ‘es la piedra del escándalo’. Así lo consideró el presidente Domingo F. Sarmiento, en un discurso pronunciado en el Teatro Nacional el 30 de mayo de 1882 ante el círculo médico, en homenaje al científico inglés después de su muerte y donde el presidente se declaró decididamente darwinista” (Gómez 11).

El evolucionismo llenaría así el vacío que había dejado el descrédito de la creación divina y explicaría el cambio histórico que Sarmiento concebía en los términos de progreso, cuyo camino se iniciaba en la Grecia clásica, se reavivaba en el Renacimiento, con la generalización del uso de la pólvora y la imprenta, con Copérnico, Galileo, pasaba por la reforma protestante, Bacon, Benjamin Franklin, hasta llegar a Darwin. (22)

En cuanto a la circulación de sus libros en el país, sabemos que el primer lector argentino de Darwin fue William Hudson a quien su hermano le trajo de Inglaterra un ejemplar de *El origen de las especies* (Gómez 17). Y que, recién en 1877 Estanislao Zeballos deposita en la biblioteca de la Sociedad Científica Argentina el *Voyage d'un naturaliste*, editada en París en el año 1875, y la primera traducción al español de *Origen de las especies por medio de la selección natural o la conservación de las razas en la lucha por la existencia*, editada en Madrid en 1877 (Perazzi 8). Contando únicamente con la versión original del texto, en su libro Payró traduce, transcribe y recompone de manera arbitraria el afamado viaje de Darwin para los lectores de La Nación.

En primer lugar, entonces, uno de los movimientos centrales que figuran en el texto es el de desarmar el imaginario del desierto darwiniano. Si en su libro el naturalista dice que las tierras patagónicas “pueden ser solamente descriptas por caracteres negativos: sin habitantes, sin agua, sin árboles, sin montañas” (Darwin 411), el escritor periodista señala en cambio: “Al contrario de la creencia general a propósito de la Patagonia, los campos son buenos...” (Payró, *La Australia* 53); “la Patagonia estaba ya poblada desde Viedma hasta la punta Dungeness, desde el Atlántico hasta los valles habitantes de los Andes; cada puerto era un pueblo, cada caleta una aldea...” (*La Australia* 83); “He visto pocos indios tehuelches, y los pocos que he visto están tan asimilados a las costumbres comunes a nuestra campaña, que no pueden considerarse ya como genuinos” (*La Australia* 91). El escritor argentino se encarga de mostrar una región poblada, “civilizada” y pujante, en la que el único problema evidente es la desidia por parte de las instituciones del Estado a cargo: “¡—Quisiera que alguno de nuestros gobernantes viera esto! —exclamó uno de nuestros compañeros—. ¡Le daría vergüenza el abandono de los pueblos que nos pertenecen en el extremo sur!...” (*La Australia* 135); “La comunicación es la incorporación. Si se quiere que la Patagonia y Tierra del Fuego sean argentinas, hay que ligarlas estrechamente a los núcleos argentinos” (*La Australia* 150). En esta denuncia al desamparo



estatal se cuele también una fuerte crítica a los científicos que, como el mismo Moreno o Darwin, violentaron a los pobladores originarios de la Patagonia: “Darwin se ha ocupado, también, de los fueguinos [...] [pero] ha incurrido en un error como el de creerlos caníbales” (*La Australia* 164); “¿Cuántos indios caen al cabo del año, muertos en nombre de la civilización?” (*La Australia* 210). La acusación es clara y vuelve aún más complejo el trabajo escriturario del corresponsal ya que, al mismo tiempo que admira y recupera la obra de científicos como Moreno y Darwin, postula diferencias ideológicas contundentes. Es que, como señala Jens Andermann: “Las tierras australes, para Payró, ya no son únicamente un espectáculo natural y mudo, a ser poseído por la mirada, sino un drama tejido de voces y relatos, un entramado social polifónico que el cronista debe compilar” (134). Así, de manera sostenida, Payró discute con la imagen del desierto, de la tierra infértil y también del ideal de “civilización” que primaba hasta ese momento en los libros de viaje más reconocidos, pero además con la intención de mostrar el potencial de la región, incorpora las voces de sus habitantes como discurso de autoridad:

—Usted debe conocer muy bien los animales de la isla, después de tantos años de permanencia- dije a Morgan.

—¡Oh! Regular, y no como un naturalista —contestó—. Tengo los datos que cualquier marinero podría tener...

—No importa, hábleme de ellos, aunque no sea científica, su descripción será interesante...quizás más por eso mismo... (*La Australia* 347)

Encontramos en este fragmento un interés marcado por darle valor a los saberes experienciales de quienes habitaban el espacio. En diálogo con la escena en la que Moreno rechaza la participación del periodista en su comitiva, aquí también se observa una suerte de pasaje entre el discurso naturalista y la divulgación. Si hasta ese entonces los relatos sobre la Patagonia habían circulado como libros de viaje o informes técnicos, la adaptación al género crónica suscitó transformaciones no solo en la extensión o en el tipo de información brindada, sino también en la incorporación de recursos que acercaran a los lectores porteños a esos espacios lejanos. Sin dudas, traer al relato los saberes de quienes conocen la zona en un lenguaje sin ornamentos ni tecnicismos, resultaba fundamental para ampliar y convocar al público.

En este punto, nos interesa destacar el segundo movimiento en relación a la recuperación de la tradición del viaje al extremo sur que figura en el texto: la cita. Así como el escritor periodista se apoya en la construcción del desierto darwiniano para

discutirla y configurar otra imagen de la región como zona habitable, con recursos y potencial de crecimiento, el libro del naturalista también aparece repetidamente como una suerte de enciclopedia para explicar científicamente lo que sus ojos ven<sup>10</sup>:

Según Darwin, la turba se forma con los detritus de una planta, la *Astelia pumila*, ayudada por la *Donatia magallanica*. Dice que las hojas nuevas se suceden siempre en torno del tallo como alrededor de un eje; las hojas inferiores se pudren pronto, quedando enterradas, de tal modo que si se cava la turba para seguir el desarrollo del tallo, pueden observarse hojas fijas [...] No son estas plantas solas las que producen la turba, y el célebre sabio añade a ellas un mirto rastrero... (Payró, *La Australia* 267)

Luego de parafrasear al científico, Payró incluye una cita larga dentro del cuerpo del texto. Los incontables momentos en los que se repite esta estructura —el cronista encuentra con sus propios ojos algo que merece ser representado y para hacerlo recurre a las palabras de Darwin— dan cuenta de la figura de mediador que el periodista asume en su texto. Estas crónicas funcionan, entonces, como el eslabón que conecta el discurso científico con los lectores porteños que no tenían recursos o las herramientas para tomar contacto con cierta bibliografía científica sobre la Patagonia. En este sentido, podemos ver cómo las crónicas publicadas por entregas en *La Nación* lograron mostrar al mismo tiempo el recorrido específico del repórter, la situación en la que se encontraba la Patagonia luego de la “Conquista”, la potencia económicas de la región para quienes se encontrarán con dificultades monetarias en la ciudad y quisieran migrar. Además, ofrecieron un recorrido bibliográfico preciso y sofisticado sobre la tradición del viaje a la Patagonia, permitiendo a cualquier lector conocer textos específicos y prácticamente inaccesibles (no solo por la circulación escasa, sino también por la complejidad de algunos postulados) sobre los descubrimientos científicos y geográficos en torno a este territorio.

---

<sup>10</sup> Otro de los muchos ejemplos en los que figura esto: “Más tarde, leyendo a Darwin, he hallado detalles sobre la planta extraordinaria: ‘Encuétrase en la Tierra del Fuego –dice- un producto marino que por su importancia merece especial mención...’” (Payró, *La Australia* 154).

## El triunfo del paisaje

“—¿A usted lo manda *La Nación*? — me preguntó el subprefecto.

-Sí, señor.

-¿Y para qué?

-—Hombre...para ver...para observar” (Payró, *La Australia* 74).

Dentro del tejido de datos y referencias que configuran el texto de Payró, existen momentos en los que, tal como figura en el título de uno de los apartados del libro, “triunfa el paisaje”. Si, tal como señalan Silvestri y Aliata:

(...) para que exista un paisaje no basta que exista ‘naturaleza’; es necesario un punto de vista y un espectador; es necesario, también, un relato que de sentido a lo que se mira y experimenta; es consustancial al paisaje, por lo tanto, la separación entre el hombre y el mundo. (10)

Es posible rastrear dentro de *La Australia argentina* momentos en los que el escritor periodista se detiene a observar el entorno y, en ese tiempo de quietud en el que se suspenden las voces de la biblioteca, surge un tipo de registro poético. De un modo sutil, Payró deja ver en estas crónicas eruditas, de impronta informativa, su trabajo como crítico de arte, al mismo tiempo que configura a partir de la palabra representaciones paisajísticas de impronta plástica. En efecto, Mitre señala hacia el final del prólogo que comentamos más arriba: “Por último, las descripciones están iluminadas por sorprendentes paisajes, nuevos y llenos de colorido, que se destacan como pinturas en medio de sus páginas, y constituyen uno de sus más gratos atractivos” (*La Australia* 10).

Como se sabe, el escritor publicó notas y críticas de arte en diferentes medios, pero sobre todo lo hizo para *La Nación*. Así, los lectores de *La Australia argentina* ya sabían del interés artístico del escritor y quizás, en algunos casos, recordaran algunas de sus intervenciones en el periódico. Y si bien la representación visual del viaje se da a través de una cámara fotográfica, es claro que la foto aparece dentro del texto como mera reproducción técnica (asociada al progreso y a la modernización) y no como imagen artística<sup>11</sup>: “Nuestro cargamento se completaba con los fusiles para cazar, mantas y

---

<sup>11</sup> Como señala Philippe Dubois, hasta entrado el siglo XX, la fotografía era considerada mayormente como “un espejo de lo real”: “según los discursos de la época, [la fotografía] obtiene esa capacidad mimética de su propia naturaleza, de su procedimiento mecánico, que permite hacer aparecer una imagen de una manera

quillangos para abrigarnos, mi máquina fotográfica...” (Payró, *La Australia* 366). La cámara figura entonces como una herramienta más de la campaña, e incluso en uno de los diálogos que el escritor transcribe en el espacio de la crónica dice: “—¡ahora sí que va usted a ver panoramas espléndidos! /Era el segundo Méndez, que se acercaba a mí, sonriente, satisfecho de navegar, como marino de raza./ —Pero— añadió— para verlo todo es necesario no distraerse, no quedarse en la cámara...” (Payró, *La Australia* 152). Para poder ver el paisaje no debe haber intermediarios entre el ojo y el espacio. Así, podemos encontrar que la línea argumental configurada a partir de la observación periodística y las citas de autoridad que se ve expandida por la imagen plástica y no por la fotográfica.

En una primera instancia, entonces, podemos señalar ciertos pasajes en los que, para contar su experiencia de viaje, Payró recurre a nombres o movimientos reconocidos dentro de la historia del arte:

Una vela de estearina alumbraba la escena con reflejos a la Rembrandt, y violentas sombras móviles por las ráfagas, que paseaban sobre el revestimiento de madera de las paredes y parecían vivir con vida fantástica entre las negras pilas de bolsas, o pegadas al techo en que redoblaba el viento. (*La Australia* 377-374)

La mención de este artista alcanza para dotar de brillos y sombras a la escena. Así, el lector logra adentrarse en el espacio descrito por el repórter sin ninguna dificultad. De un modo similar, en otra de las crónicas señala:

El contraste de aquel blanco celeste de superficie muda y tersa que baja en rápido declive hasta el agua verde del canal [...] tiene algo de impresionismo a todo trance, que hace recordar las descripciones del *fjord* noruego, pero que indudablemente tiene carácter propio. (Payró, *La Australia* 159)

Por momentos, el cronista parecería ceder al imperativo técnico e informativo de sus crónicas para mirar a partir de una biblioteca artística que se distancia también de las referencias de la tradición del viaje a la región que analizamos antes. Además, a la vez que recupera estas figuras reconocidas, Payró convoca al círculo de artistas nacionales para que representen el territorio patagónico:

---

‘automática’, ‘objetiva’, casi ‘natural’ (según las leyes de la óptica y la química únicamente), sin que intervenga en forma directa la mano del artista” (23-24).

Y todo esto móvil, envuelto en gasas ligerísimas de una neblina apenas perceptible, esfumado en las lejanías como un sueño vago, con masas de nubes y claros de azul purísimo, algo semejante a las extrañas y efectistas creaciones de Gustave Doré. ¿Por qué no van allí los pintores argentinos? ¿Por qué no se inspiran en aquella naturaleza salvaje, tan rica de color, tan variada y tan nueva? Allí encontrarán tema para tantos paisajes, para tantas manchas admirables, como puede darlos Suiza. (*La Australia* 156)

Este paisaje en el que resuenan las pinturas de Doré debe ser, en palabras de Payró, explotado también por el arte nacional. Es que “la palabra no puede dar ni pálido reflejo de la impresión producida por el múltiple espectáculo que ofrecen al viajero esos indescriptibles, esos maravillosos canales donde se unen las bellezas del trópico a los helados cuadros polares” (*La Australia* 162). El viajero lanza el llamado y recupera dentro del campo artístico local la figura de Martín Malharro como el único que “visitó aquellas regiones que esperan desde entonces al artista revelador de su belleza” (*La Australia* 162)<sup>12</sup>. En este primer movimiento encontramos, entonces, un cruce entre las dos facetas del escritor periodista: crítico de arte y cronista de viaje<sup>13</sup>. Payró observa el paisaje patagónico a partir de un tipo de mirada estética y, desde ahí, invoca a los artistas contemporáneos a sumarse al proyecto nacional que defiende como repórter para La Nación.

En relación con esto, encontramos también descripciones dentro del texto en las que se observa una pulsión plástica en el trabajo escriturario. El cronista detiene el hilo del relato y se demora en observaciones detalladas:

Desde el faro presenciábamos de nuevo el espectáculo del mar tranquilo, reverberante aquí y allá como unida superficie de azogue, con un brillo imposible de soportar con la mirada. Largo rato permanecemos saturándonos de soledad o

---

<sup>12</sup> En una de sus notas de arte dice Payró sobre Malharro: “Este joven artista –no cuenta más de veintiséis años está dotado de una energía y de una perseverancia a toda prueba, que es raro encontrar en la juventud, y que lo lleva de progreso en progreso, sin más ayuda ni más guía que su propia voluntad” (“Salón” 242; Severino y Santucho 242).

<sup>13</sup> Interesa señalar este fragmento en el que se funden la mirada plástica con la impronta informativa: “Pero cuando subimos a cubierta, no nos fue posible dejar de admirar la belleza de la bahía en que estábamos fondeados, una de las más seguras y más pintorescas que tenga la Tierra del Fuego, tan rica en panoramas [...] ¡Qué acuarela! ¡Qué suavidad de tintas! ¡Qué armonía! La roca desnuda, rojiza, o parda, o blanquecina; la arena menuda y blanda de las playitas, el canto rodado de otras festoneadas por el cachiyuyo verdinegro, medio corrompido, que depositaron como una orla las mareas; la selva trepando hasta la altura; árboles con las raíces al aire, como garras prendidas a la leña estéril [...] allá a la izquierda, sobre una playa teñida de verde, rodeada de montes casi a pico, la Primera Carbonera Argentina con su techo azulado, sobre altos pilotes de madera, sin paredes y...sin carbón.” (Payró, *La Australia* 225).

inmensidad, cambiando breves palabras, invadidos por la involuntaria y plácida melancolía, hasta que pareció la hora de volver. (Payró, *La Australia* 300)

Este fragmento en el que resuena el inicio del afamado poema de Rubén Darío, “Sinfonía en gris mayor”, muestra otro matiz dentro de la crónica de viaje: la experiencia corporal<sup>14</sup>. Así, cuando el cronista suspende el registro informativo, aparece la sensibilidad de un sujeto que es afectado por el paisaje. Y para alcanzar con la palabra esas vivencias inenarrables recurre al discurso plástico:

Las largas horas transcurridas sobre cubierta, con una temperatura benigna y un sol radioso, parecían cortas por la contemplación del mar, cuyos tonos cambiantes, según el momento, la profundidad y la marea, reclaman un pintor. Van del azul oscuro, casi negro, hasta el verde claro, pasando por todas las gradaciones y matices intermedios. A popa, la espuma de la hélice y la de la ola que acaba de cortar y surca el barco, forma curiosas vetas sobre el fondo verdoso y transparente, que me hacen recordar el mármol de San Luis. A lo lejos, la marejada mansa trae a la memoria la Pampa con sus suaves ondulaciones. (Payró, *La Australia* 58-59)

Tal como leemos en esta cita, el escritor invoca una y otra vez la figura del pintor en sus descripciones: “Los panoramas que allí presentan las altas colinas [...] son de veras dignos de un gran pincel, sobre todo por la luz diáfana y cariñosa que en el verano los envuelve” (*La Australia* 275); “Era aquello un país de ensueño triste y sentimental, una tierra y un mar, [...] allí el pincel encontraría el cuadro sugestivo de la aridez de la existencia” (*La Australia* 152); “Las rocas peladas, el agua mansa, la recortada costa, el cielo turbio, todo se fundía en una coloración melancólica de tonalidad tan armoniosa, que se sentía no ser pintor para trasladarla al papel con los ligeros toques y las blandas tintas de la acuarela” (*La Australia* 152).

Payró recupera los panoramas patagónicos a partir de una mirada plástica e intenta incorporar a través de la palabra esas escenas estéticas a sus crónicas. La precisión con la que usa el color, la observación de la luz, la metaforización del espacio y las composiciones nos indican que se trata de un periodista especializado en la materia:

<sup>14</sup> Como señala Jorge Monteleone: “Todo viaje combina, de un modo acuciante, la experiencia del cuerpo y la experiencia del tiempo, y su relato debe proporcionar los modos de representación de tal vínculo” (13-14).

Allá al oeste, en la noche oscura, Buenos Aires nos aparecía como una línea recta de luces brillantes, que rielaban en las aguas; nada más; el resto estaba sumergido en la sombra. Cuando desperté sobre cubierta, con la ropa humedecida por el rocío, amanecía ya, el transporte se ponía en marcha, y la ciudad se esfumaba entre la niebla matutina, mientras que al este se abría un horizonte inmenso de agua cenicienta en que a trechos se reflejaban las pinceladas rojizas de las nubes, las manchas de azul, claro del cielo, y uno que otro caprichoso toque blanco, anaranjado o violeta. (*La Australia* 15-16).

Sí, como afirma Andermann, en estas crónicas conviven el interés por representar la espectacularidad del paisaje austral y la búsqueda por compilar el complejo “entramado social polifónico” observado por el mismo escritor en sus recorridos (134), encontramos en ciertos pasajes que el ejercicio de experimentar el espacio con el cuerpo y, luego, escribirlo se transforma en una instancia de fuga. Si bien, tal como señalamos, por momentos las descripciones del paisaje le sirven al escritor para convocar a los artistas nacionales a sumarse al proyecto de promoción de la región, lo cierto es que en muchos momentos del texto puede leerse un trabajo de la mirada que suspende, al menos transitoriamente, la intensidad informativa del discurso.

## Conclusiones

Como pudimos ver a lo largo del artículo, las crónicas que componen *La Australia argentina* están compuestas por diferentes aristas que confluyen y alcanzan un relato de viaje complejo y exhaustivo: citas de autoridad, investigaciones previas sobre la región, diálogos con pobladores, directrices del periódico, representaciones estéticas y paisajísticas. Así, Payró logra trasladar al lector porteño hasta el llamado “fin del mundo”, pero además lo acerca de un modo amable a ciertos textos clave de la tradición del viaje a la Patagonia, transformándose en mediador. Entre los grandes viajeros y la reivindicación del proyecto nacional (con fuertes críticas al Estado), el corresponsal intercala las voces autorizadas sobre el tema, denuncia la desidia por parte de los gobernantes y, al mismo tiempo, incluye detalladas descripciones del paisaje en donde aparece la vivencia corporal del desplazamiento. En este sentido, y en concordancia con las citas de estas descripciones plásticas sobre el paisaje que analizamos, Guillermo Giucci observa que “hay en su descripción de los paisajes un marcado acento visual, que anticipa lo cinematográfico” (222). En la Argentina de entresiglos, el texto de Payró funciona

también como un nexo que conecta la mirada científica característica del siglo XIX con un modo de ver el espacio atravesado por la corporalidad y la imagen que primará en los relatos sobre la región patagónica del siglo XX.

## Referencias

- Andermann, Jens. *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Rosario: Beatriz Viterbo. 2000. Impreso.
- Darwin, Charles. *Viaje de un naturalista por América del Sur*. Buenos Aires: Terramar. 2013. Impreso.
- Dubois, Philippe. *El acto fotográfico y otros ensayos*. Buenos Aires: La Marca. 2008. Impreso.
- Fernández Bravo, Álvaro. *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana. Universidad de San Andrés. 1994. Impreso.
- Giucci, Guillermo. *Tierra del fuego: la creación del fin del mundo*. CABA: Fondo de Cultura Económica. 2015. Impreso.
- Gómez, Leila. *La piedra del escándalo: Darwin en Argentina 1845-1909*. Buenos Aires: Simurg. 2008. Impreso.
- Monteleone, Jorge. *El relato de viaje. De Sarmiento a Humberto Eco*. Buenos Aires: El Ateneo. 1999. Impreso.
- Payró, Roberto J. *La Australia argentina*. Buenos Aires: Claridad. 2009. Impreso.
- Payró, Roberto J. “Salón”. “Ocho trabajos de Caraffa”. “La Argentina de Malharro”. “Ballerini”. “Retratos y pastel de De la Cárcova”. Severino, Jorge Enrique, y Jorge Alberto Santucho. *Roberto J. Payró. Crítico de arte*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dunken, 2020. 235-246. Impreso.
- Perazzi, Pablo. “Ciencia, cultura y nación: la recepción del darwinismo en la Argentina decimonónica”. 2011: 1-13. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Debats.
- Sarlo, Beatriz. “Prólogo”. Payró, Roberto J. *Obras*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1984. 9-44. Impreso.
- Servelli, Martín. *A través de la República: corresponsales viajeros en la prensa porteña de entre-siglos XIX-XX*. CABA: Prometeo Libros. 2017. Impreso.
- Severino, Jorge Enrique, y Jorge Alberto Santucho. *Roberto J. Payró. Crítico de arte*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dunken. 2020. Impreso.



Silvestri, Graciela, y Fernando Aliata. *El paisaje como cifra de armonía*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2001. Impreso.

Torre, Claudia. *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*. Buenos Aires, Prometeo. 2010. Impreso.